

só en esta inquietud y con la esperanza de la visita ó de la carta que Mortimer le habia prometido. Nada venia. Despues de comer resolvió enviar al viejo jardinero á Carberry Castle. Mientras que ella le hablaba para esto en el jardín, una criada vino á avisarla que uno preguntaba por ella en el locutorio de parte de Mortimer. Ella voló allá; pero ¡cual fue su sorpresa, cuando el pretendido mensagero de Lord Mortimer, quitándose un grande sombrero que cubria toda su cara, se manifestó á su vista Lord Cherbury! Entonces no pudo menos de exclamar: ¡Gran Dios! ¡ha sucedido alguna cosa á Mortimer? y se dejó caer sobre una silla con una agitacion que apenas le dejaba respirar.

CAPITULO IX.

LORD Cherbury se apresuró á socorrerla y calmar su agitacion, asegurándole que Lord Mortimer estaba en perfecta salud. Recobrada un tanto con esta seguridad, ella le preguntó, ¡cómo habia sabido el estado de su hijo? El respondió, que por haberle visto una hora hace, sin que él mismo lo supiese. Amanda mas tranquila sobre Lord Mortimer, empezó á reflexionar en la extraña é inesperada visita del padre: ella habria imaginado que venia para manifestarle él mismo su satisfaccion de recibir-

la en su familia, si su aire y su composura no le hubiesen alejado del todo esta idéa. Sus miradas sombrías estaban fijas sobre ella, y se veia que él temia hablar.

La misma Amanda se hallaba en una situacion demasiado turbada para romper el silencio: al fin Lord Cherbury le dijo precipitadamente; Lord Mortimer no sabe ni debe saber que yo haya venido aqui.

¡No debe saberlo! repitió Amanda con la mayor admiracion. ¡Gran Dios! exclamó Lord Cherbury levantándose de una silla en que se habia sentado, ¡por donde empezar? ¡cómo noticiárselo...? ¡O Miss Fitzalan! (acercándosele) tengo muchas cosas que deciros, que os darán grande disgusto. Yo habia creido poderme explicar con vos en una conferencia, pero veo que me he engañado; he presumido demasiado de mi valor; os escribiré.

Milord, le dijo Amanda pálida y temblando, decídmelo ahora, no me deis en suspension. Despues de los temores que acabais de darme, esto seria una verdadera crueldad. ¡Oh! seguramente si no ha acaecido nada funesto á Lord Mortimer, si Lady Marta y Lady Araminta estan buenas, ya no me queda que saber cosa alguna que sea tanta desgracia para mí.

¡Ah! dijo él sacudiendo tristemente la cabeza; vos os engañais en vuestras congeturas, aunque los amigos de que me ha-

blais estén buenos. Yo os he dicho que os escribiré. ¿Podreis hallaros esta tarde entre las ruinas? Amanda le hizo señal con la cabeza, que consentia en ello. Pues bien, dijo él, yo os enviaré allí una carta; pero os lo repito, nadie de este mundo sino vos debe saber este abocamiento, y de todos los hombres nadie es mas necesario que lo ignore que Lord Mortimer. Acordaos, Miss Fitzalan, dijo él tomándole la mano y apretándosela con fuerza como para imprimir sus palabras en el corazon de Amanda, que de vuestro secreto depende todo lo que tengo de mas querido en este mundo, y aun mi misma vida.

Despues de estas terribles y misteriosas palabras partió, dejando á Amanda llena de sorpresa y de horror. Algunos minutos se pasaron ántes que variase la actitud en que la habia dejado, y cuando se retiró, fué con pasos mal asegurados, sin saber donde iba, y repitiendo las últimas palabras de Lord Cherbury. El puede ser que habia venido á separarla de Mortimer; sin embargo, ¿cómo imaginar que fuese capaz de semejante traicion despues de haber consentido en su union? Por otro lado, ¿por qué ocultar á Lord Mortimer su llegada á Irlanda, si no era por este motivo? ¿Por qué no dejarse conocer sino de ella? ¿Qué secreto terrible é importante puede tener que comunicarle?

La superiora entró, é hizo cesar las preguntas que Amanda se hacia á sí misma, y en las cuales se perdia su imaginacion. Observando su semblante pálido, y los ojos inquietos de su jóven amiga, le sorprendió y le preguntó si habia recibido algunas malas noticias de Lord Mortimer. Amanda suspiró, y respondió que no. Ella no se atrevia á violar el secreto que acababan de ordenarle, haciendo saber á su amiga quien era el hombre que acababa de hacerle la visita misteriosa que habia recibido; pero como estaba incapaz de toda conversacion, dijo que tenia necesidad de retirarse á su aposento, pretestó una indisposicion y agitación que atribuia á su inquietud por Mortimer: dijo que le era absolutamente necesario un poco de reposo, y que si Lord Mortimer venia por la tarde, le dijese que no estaba dispuesta para recibirle.

La superiora le instó á que se quedase á tomar el té, pero ella lo rehusó, y al retirarse suplicó que no dijese nada á Lord Mortimer de la visita que habia tenido; porque, decia ella con una afectada sonrisa, no queria inspirarle vanidad, manifestándole que ella tenia tanta inquietud por él. Despues de esto se retiró á su aposento, y procuró calmarse de la turbacion de que se hallaba agitada para poder soportar mejor el golpe que tanta razon tenia para temer. La superiora y las reli-

giosas respetando sus intenciones, la dejaron sola, y á la hora indicada abrió poco á poco la puerta del aposento y sin ser observada de nadie, salió de la casa.

Encontró á Lord Cherbury esperándola en las ruinas. El tenia una carta en las manos que le entregó luego que llegó. En esta carta, Miss Fitzalan, le dijo él, os he abierto mi corazon; le he aliviado del peso de un secreto que me ha oprimido mucho tiempo; os he confiado mi honor. Ya os he dicho que este secreto debe ser sagrado; si le violais, no dudeis que las consecuencias de esta violacion serán funestas. Pronunció esto con un tono que estremeció á Amanda. Miss Fitzalan, continuó con una voz profunda y grave, meditada bien el contenido de esta carta, pues de ella depende vuestro destino y el mio: si vos rehusais la demanda que os hago, entonces ya no exigiré de vos un secreto, cuyo resultado hará que sea demasiado público.

¡Oh! decidme, decidme os suplico, exclamó Amanda asiéndole por el brazo, ¿cuál es la demanda que me hacéis? y de este suceso ¿qué debo yo temer? Decídmelo al instante, y libradme del tormento de la incertidumbre. Yo no os lo puedo decir; mañana en la tarde á esta misma hora esperaré vuestra respuesta.

En este momento se oyó la voz de Mortimer, que llamaba á Amanda. Lord Cherbury se retiró por las revueltas de las ruinas, y Lord Mortimer compareció dejando apenas tiempo á Amanda para ocultar la carta fatal.

¡Ay mi Dios! dijo él, ¿qué venis á hacer aqui? ¿con quién estabais? Por fortuna de Amanda el dia estaba bastante oscurecido para que no se pudiese ver bien su semblante que infaliblemente la habria descubierto. Un sudor frio mojó su frente, se apoyó contra la caña de una columna y dijo: ¿con quién estaba? Sí, dijo Lord Mortimer; me parece que he oido andar á alguno que se retiraba. Vos os habéis engañado, dijo Amanda, siempre con una voz débil y turbada. Está muy bien, dijo él, pero repito ¿qué venis á hacer á este sitio y á esta hora? He venido á tomar el aire, dijo Amanda.

¿A tomar el aire? repitió Mortimer, el jardin es mejor para esto; ¿y por qué venis aquí sola? ¿Cómo si tenéis los temores que me habéis dicho vos misma, os exponéis á que os encuentre el miserable que os persegue? Cuando he llegado al convento me han dicho que estabais indispueta, y que queriais estar sola. Yo no me he podido resolver á partir sin tantear veros. Me he consternado cuando me han dicho que no estabais. Es malo en efecto, Aman-



da, es malo para vos venir aquí sola y con tanto misterio.

¡Gran Dios! dijo Amanda, levantando sus ojos y manos al cielo y derritiéndose en lágrimas: ¡y qué desgraciada soy!

En efecto, en este momento se hallaba en el cúmulo de su desgracia; su corazón estaba lleno de terrores que había derramado en él Lord Cherbury, y veía en el alma de Mortimer sospechas que no podía disipar, sin revelar el secreto que se le había mandado guardar tan solénnemente.

¡Ah! Amanda, le dijo Lord Mortimer afluando de una vez la severidad con que acaba de hablarle, vos conocéis demasiado el poder de vuestras lágrimas. Olvidad ó perdonad todo lo que os he dicho; yo estaba sentido de no veros como lo había esperado, y tenía ganas de ello. Vos sabéis que soy violento, pero vos moderáis mis pasiones. Yo me entrego en vuestras manos; haced de mí lo que gustéis.

Entónces la estrechó contra su seno, y sintiendo que le temblaba todo el cuerpo, imploró de nuevo su perdon, imputando la agitacion en que la veía, á la pena que le había dado. Ella le aseguró con una voz trémula, que no le había ofendido; pues estaba abatida, dijo ella, por la inquietud que había sufrido todo el dia por él. Lord Mortimer se contentó con esta explicacion; le dijo que contaria con verdad todo lo que

le había detenido, luego que hubiesen llegado al convento.

Su vuelta hizo cesar la inquietud de toda la comunidad. La superiora y Sor María la siguieron á la sala en donde Lord Mortimer les suplicó que tuviesen lástima de él y le diesen algo de comer, porque no había tomado casi nada en todo el dia. Sor María le dijo que iba á traerle alguna cosa; que Amanda no había tampoco comido casi nada, y que esperaba que Lord Mortimer la instaria á tomar algún alimento. Pusieron los manteles y les sirvieron algunas viandas. Sor María se había quedado con mucho gusto; pero la superiora siempre discreta, juzgó que quedándose á solas encontrarían mejor la cena.

Entónces Lord Mortimer con toda la dulzura y ternura imaginables se esforzó á alegrar á su amable compañera, y hacerle tomar alguna cosa; pero no pudo conseguir ni uno ni otro. Ella le dijo que no podía reponerse sino con el tiempo de la agitacion que había experimentado; y para desviar su misma atencion, pidió á Mortimer que cumpliese la promesa que le había hecho de explicarle por qué no había venido á Santa Catalina como de ordinario.

El le confesó francamente que había ido en busca de Belgrave; pero que sus correías habían sido sin suceso por las precauciones que el miserable había tomado; le

que me persuade, añadió Mortimer, que el no ha abandonado aun sus proyectos sobre vos; pero no escapará á mi venganza.

¡Ah! os suplico, le dijo Amanda, que no sea jamas castigado por vuestras manos. Dejemos este asunto, dijo Mortimer, puesto que os da pena; solo os diré que despues de haber recorrido toda la vecindad, he encontrado á algunas millas de aquí á un caballero que habia visto el verano pasado en casa del marques de Rosline. Este me ha propuesto que fuese á comer á su casa. Como creia que podia darme algun conocimiento de Belgrave, he aceptado su convite, pero no he podido saber nada. Yo estaba muy impaciente de volverme, miéntras toda la sociedad estaba en humor de beber, y temia dejarme llevar de su ejemplo, aunque me tuve mucho cuidado; en fin me retiré.

Doy gracias al cielo, que vuestras pesquisas hayan sido infructuosas; pero os suplico que no las renoveis; no penseis mas en este miserable. Y bien, para esto, dijo Mortimer, es preciso dejar este pais. Fijad el dia de nuestra partida. Hace cinco dias que estoy aquí, y estoy seguro que Lady Marta se impacienta mucho, y si tardamos mas tiempo, creará que habeis tomado el hábito en Santa Catalina, y que yo he hecho voto de celibato. Sériamente: ¿qué motivo puede retardar vuestra par-

tida, si no os es indiferente este viaje?

¡Ah! dijo Amanda, vos sabeis bien que no puedo tener tal indiferencia. ¡Pues por qué no fijais ahora el dia? Amanda guardó un momento de silencio. Su situacion era terrible. ¡Cómo determinar el dia de su partida, incierta si la carta que tenia en las manos ponía á su viaje obstáculos insuperables!

Y bien, dijo Mortimer despues de haberle dado algun tiempo para responder, veo que yo debo fijarle; hoy es mártes, pues que sea el jueves. Milord, dijo Amanda, no fijémos aun esta noche la cosa; yo realmente estoy mala y necesito reposo. Buenas noches.

Lord Mortimer obedeció con repugnancia y se retiró.

CAPITULO X.

AMANDA se entró en su aposento luego que se marchó Mortimer. Las religiosas se habian retirado ya, de modo que el silencio de toda la casa aumentaba su terror, cuando ella se sentó para léer la carta que iba, segun le habian dicho, á fijar su destino.

A Miss Fitzalan.

„Derribar el edificio de vuestra felicidad en el instante en que os hallais en el pur-

blais estén buenos. Yo os he dicho que os escribiré. ¿Podreis hallaros esta tarde entre las ruinas? Amanda le hizo señal con la cabeza, que consentia en ello. Pues bien, dijo él, yo os enviaré allí una carta; pero os lo repito, nadie de este mundo sino vos debe saber este abocamiento, y de todos los hombres nadie es mas necesario que lo ignore que Lord Mortimer. Acordaos, Miss Fitzalan, dijo él tomándole la mano y apretándosela con fuerza como para imprimir sus palabras en el corazon de Amanda, que de vuestro secreto depende todo lo que tengo de mas querido en este mundo, y aun mi misma vida.

Despues de estas terribles y misteriosas palabras partió, dejando á Amanda llena de sorpresa y de horror. Algunos minutos se pasaron ántes que variase la actitud en que la habia dejado, y cuando se retiró, fué con pasos mal asegurados, sin saber donde iba, y repitiendo las últimas palabras de Lord Cherbury. El puede ser que habia venido á separarla de Mortimer; sin embargo, ¿cómo imaginar que fuese capaz de semejante traicion despues de haber consentido en su union? Por otro lado, ¿por qué ocultar á Lord Mortimer su llegada á Irlanda, si no era por este motivo? ¿Por qué no dejarse conocer sino de ella? ¿Qué secreto terrible é importante puede tener que comunicarle?

La superiora entró, é hizo cesar las preguntas que Amanda se hacia á sí misma, y en las cuales se perdia su imaginacion. Observando su semblante pálido, y los ojos inquietos de su jóven amiga, le sorprendió y le preguntó si habia recibido algunas malas noticias de Lord Mortimer. Amanda suspiró, y respondió que no. Ella no se atrevia á violar el secreto que acababan de ordenarle, haciendo saber á su amiga quien era el hombre que acababa de hacerle la visita misteriosa que habia recibido; pero como estaba incapaz de toda conversacion, dijo que tenia necesidad de retirarse á su aposento, pretestó una indisposicion y agitación que atribuia á su inquietud por Mortimer: dijo que le era absolutamente necesario un poco de reposo, y que si Lord Mortimer venia por la tarde, le dijese que no estaba dispuesta para recibirle.

La superiora le instó á que se quedase á tomar el té, pero ella lo rehusó, y al retirarse suplicó que no dijese nada á Lord Mortimer de la visita que habia tenido; porque, decia ella con una afectada sonrisa, no queria inspirarle vanidad, manifestándole que ella tenia tanta inquietud por él. Despues de esto se retiró á su aposento, y procuró calmarse de la turbacion de que se hallaba agitada para poder soportar mejor el golpe que tanta razon tenia para temer. La superiora y las reli-

giosas respetando sus intenciones, la dejaron sola, y á la hora indicada abrió poco á poco la puerta del aposento y sin ser observada de nadie, salió de la casa.

Encontró á Lord Cherbury esperándola en las ruinas. El tenia una carta en las manos que le entregó luego que llegó. En esta carta, Miss Fitzalan, le dijo él, os he abierto mi corazon; le he aliviado del peso de un secreto que me ha oprimido mucho tiempo; os he confiado mi honor. Ya os he dicho que este secreto debe ser sagrado; si le violais, no dudeis que las consecuencias de esta violacion serán funestas. Pronunció esto con un tono que estremeció á Amanda. Miss Fitzalan, continuó con una voz profunda y grave, meditada bien el contenido de esta carta, pues de ella depende vuestro destino y el mio: si vos rehusais la demanda que os hago, entonces ya no exigiré de vos un secreto, cuyo resultado hará que sea demasiado público.

¡Oh! decidme, decidme os suplico, exclamó Amanda asiéndole por el brazo, ¿cuál es la demanda que me hacéis? y de este suceso ¿qué debo yo temer? Decídmelo al instante, y libradme del tormento de la incertidumbre. Yo no os lo puedo decir; mañana en la tarde á esta misma hora esperaré vuestra respuesta.

En este momento se oyó la voz de Mortimer, que llamaba á Amanda. Lord Cherbury se retiró por las revueltas de las ruinas, y Lord Mortimer compareció dejando apenas tiempo á Amanda para ocultar la carta fatal.

¡Ay mi Dios! dijo él, ¿qué venis á hacer aqui? ¿con quién estabais? Por fortuna de Amanda el dia estaba bastante oscurecido para que no se pudiese ver bien su semblante que infaliblemente la habria descubierto. Un sudor frio mojó su frente, se apoyó contra la caña de una columna y dijo: ¿con quién estaba? Sí, dijo Lord Mortimer; me parece que he oido andar á alguno que se retiraba. Vos os habéis engañado, dijo Amanda, siempre con una voz débil y turbada. Está muy bien, dijo él, pero repito ¿qué venis á hacer á este sitio y á esta hora? He venido á tomar el aire, dijo Amanda.

¿A tomar el aire? repitió Mortimer, el jardin es mejor para esto; ¿y por qué venis aquí sola? ¿Cómo si tenéis los temores que me habéis dicho vos misma, os exponéis á que os encuentre el miserable que os persegue? Cuando he llegado al convento me han dicho que estabais indispueta, y que queriais estar sola. Yo no me he podido resolver á partir sin tantear veros. Me he consternado cuando me han dicho que no estabais. Es malo en efecto, Aman-



da, es malo para vos venir aquí sola y con tanto misterio.

¡Gran Dios! dijo Amanda, levantando sus ojos y manos al cielo y derritiéndose en lágrimas: ¡y qué desgraciada soy!

En efecto, en este momento se hallaba en el cúmulo de su desgracia; su corazón estaba lleno de terrores que había derramado en él Lord Cherbury, y veía en el alma de Mortimer sospechas que no podía disipar, sin revelar el secreto que se le había mandado guardar tan solénnemente.

¡Ah! Amanda, le dijo Lord Mortimer afluendo de una vez la severidad con que acaba de hablarle, vos conocéis demasiado el poder de vuestras lágrimas. Olvidad ó perdonad todo lo que os he dicho; yo estaba sentido de no veros como lo había esperado, y tenía ganas de ello. Vos sabéis que soy violento, pero vos moderáis mis pasiones. Yo me entrego en vuestras manos; haced de mí lo que gustéis.

Entónces la estrechó contra su seno, y sintiendo que le temblaba todo el cuerpo, imploró de nuevo su perdon, imputando la agitacion en que la veía, á la pena que le había dado. Ella le aseguró con una voz trémula, que no le había ofendido; pues estaba abatida, dijo ella, por la inquietud que había sufrido todo el dia por él. Lord Mortimer se contentó con esta explicacion; le dijo que contaria con verdad todo lo que

le había detenido, luego que hubiesen llegado al convento.

Su vuelta hizo cesar la inquietud de toda la comunidad. La superiora y Sor María la siguieron á la sala en donde Lord Mortimer les suplicó que tuviesen lástima de él y le diesen algo de comer, porque no había tomado casi nada en todo el dia. Sor María le dijo que iba á traerle alguna cosa; que Amanda no había tampoco comido casi nada, y que esperaba que Lord Mortimer la instaria á tomar algún alimento. Pusieron los manteles y les sirvieron algunas viandas. Sor María se había quedado con mucho gusto; pero la superiora siempre discreta, juzgó que quedándose á solas encontrarían mejor la cena.

Entónces Lord Mortimer con toda la dulzura y ternura imaginables se esforzó á alegrar á su amable compañera, y hacerle tomar alguna cosa; pero no pudo conseguir ni uno ni otro. Ella le dijo que no podía reponerse sino con el tiempo de la agitacion que había experimentado; y para desviar su misma atencion, pidió á Mortimer que cumpliese la promesa que le había hecho de explicarle por qué no había venido á Santa Catalina como de ordinario.

El le confesó francamente que había ido en busca de Belgrave; pero que sus correías habían sido sin suceso por las precauciones que el miserable había tomado; le

que me persuade, añadió Mortimer, que el no ha abandonado aun sus proyectos sobre vos; pero no escapará á mi venganza.

¡Ah! os suplico, le dijo Amanda, que no sea jamas castigado por vuestras manos. Dejemos este asunto, dijo Mortimer, puesto que os da pena; solo os diré que despues de haber recorrido toda la vecindad, he encontrado á algunas millas de aquí á un caballero que habia visto el verano pasado en casa del marques de Rosline. Este me ha propuesto que fuese á comer á su casa. Como creia que podia darme algun conocimiento de Belgrave, he aceptado su convite, pero no he podido saber nada. Yo estaba muy impaciente de volverme, miéntras toda la sociedad estaba en humor de beber, y temia dejarme llevar de su ejemplo, aunque me tuve mucho cuidado; en fin me retiré.

Doy gracias al cielo, que vuestras pesquisas hayan sido infructuosas; pero os suplico que no las renoveis; no penseis mas en este miserable. Y bien, para esto, dijo Mortimer, es preciso dejar este pais. Fijad el dia de nuestra partida. Hace cinco dias que estoy aquí, y estoy seguro que Lady Marta se impacienta mucho, y si tardamos mas tiempo, creará que habeis tomado el hábito en Santa Catalina, y que yo he hecho voto de celibato. Sériamente: ¿qué motivo puede retardar vuestra par-

tida, si no os es indiferente este viaje?

¡Ah! dijo Amanda, vos sabeis bien que no puedo tener tal indiferencia. ¡Pues por qué no fijais ahora el dia? Amanda guardó un momento de silencio. Su situacion era terrible. ¡Cómo determinar el dia de su partida, incierta si la carta que tenia en las manos ponía á su viaje obstáculos insuperables!

Y bien, dijo Mortimer despues de haberle dado algun tiempo para responder, veo que yo debo fijarle; hoy es mártes, pues que sea el jueves. Milord, dijo Amanda, no fijémos aun esta noche la cosa; yo realmente estoy mala y necesito reposo. Buenas noches.

Lord Mortimer obedeció con repugnancia y se retiró.

CAPITULO X.

AMANDA se entró en su aposento luego que se marchó Mortimer. Las religiosas se habian retirado ya, de modo que el silencio de toda la casa aumentaba su terror, cuando ella se sentó para léer la carta que iba, segun le habian dicho, á fijar su destino.

A Miss Fitzalan.

„Derribar el edificio de vuestra felicidad en el instante en que os hallais en el pur-